

Una reflexión sobre las fronteras exteriores

Un primer comentario sobre las fronteras

Las fronteras demarcan los límites de nuestra existencia. Son la piel exterior que delimita quienes somos, individual o corporativamente. Trazan la línea de separación entre nosotros y los otros, entre yo y el otro.

Las fronteras distinguen lo propio y lo ajeno: lo propio que se aprecia y quiere, y lo ajeno, que o bien se ignora o desprecia, o bien se envidia y pretende. Separan lo que está dentro y lo que está fuera: lo interior en el que destacan los detalles y los matices; lo exterior que está descrito a grandes trazos, dominado por los estereotipos que atribuimos a lo desconocido.

Las fronteras pueden despertar en nosotros sentimientos y actitudes ambivalentes:

- De una parte, las fronteras pueden presentarse ante nosotros como **lugar de colisión y de roce, de conflicto**: a día de hoy, todas las fronteras geográficas no determinadas por accidentes orográficos, están manchadas de sangre, han sido construidas después de conflictos y luchas, por eso da tanto miedo tocarlas. Pueden ser línea de choque que se defiende con alambradas, cuando se interpretan como puertas que amenazan nuestra integridad. En las sociedades actuales prima esta vivencia de las fronteras.
- Sin embargo, de otra parte, las fronteras pueden ser también **espacio de encuentro con el distinto**. Entonces, generan sorpresa e ilusión, sana curiosidad humana, deseo de aprender del otro, aprecio por lo distinto, aprendizaje, enriquecimiento personal, mestizaje. Lugares de encuentro humano profundo, si bien nunca está exento de obstáculos y de extrañezas, pues en ellas es necesario, en alguna medida, “dejar la propia tierra”.

Así que las fronteras se pueden percibir y vivir como lugares de conflicto o como lugares de encuentro. Cuando hablamos, en general, de frontera en la Compañía nos referimos primariamente a esta segunda acepción de frontera, frontera como encuentro renovador y fecundo, pero no podemos desconocer que la primera faceta, que produce miedo y desconcierto, siempre está presente.

La frontera siempre ha sido lugar de trasiego de gentes y de mercancías, foro de intercambio de experiencias y de noticias, concentración de diversidades y de creatividad. Lo nuevo, transformador, creativo, emergente, sorprendente, procede de las fronteras. Lo interesante sucede en las fronteras. En clave teológica diríamos que la mano creadora del Padre está preferentemente activa en las fronteras. Un cuerpo que se concibe en clave del “*magis*” necesariamente tiene que estar en las fronteras. Si no lo está, se anquilosa.

Cuando las vivimos así, como lugares de encuentro, son espacio de encuentro con el Señor, que es el radicalmente Otro: él sorprende, descoloca, enriquece, incorpora, trasciende las murallas construidas en las fronteras, nos lleva al crecimiento personal y comunitario, amplía el nosotros.

La primera Compañía, de manera especial, se sintió enviada a las fronteras de su tiempo, lugares geográficos donde encontró personas y culturas desconocidas. Los jesuitas enviados querían renovarlas con el Evangelio, pero a su vez experimentaron la riqueza espiritual que portaban. En ellas descubrieron la presencia del Señor, activo ya desde mucho antes de su llegada en el interior de las culturas, de las lenguas, de las almas de los nativos. No al margen de ellas, sino en su entraña. Por eso estudiaron y profundizaron en esas culturas y lenguas. Hicieron por conocerlas y por preservarlas, porque en ellas se toparon con las semillas del Verbo.

Fronteras de descenso y fronteras de ascenso

Pasemos a presentar algunas fronteras exteriores hoy. Dos de ellas sitúan sobre una línea vertical: fronteras de descenso y fronteras de ascenso.

Las fronteras de descenso son en clave cristiana y en un cuerpo como la Compañía, las fronteras primarias, las fundamentales. Podríamos decir que son cardinales, pues el resto de fronteras de las que hablaremos, encuentran su sitio en relación a estas. Estas fronteras de descenso nos ponen en contacto con los últimos. Los últimos están en sitios poco atractivos, no tienen gustos refinados, carecen de medios, no regalan el oído, estar junto a ellos no nos hace más grandes. Son marginales y muchos han sido marginados, excluidos y empobrecidos. De ellos podría decirse aquello de la Escritura: “ante quien se vuelve el rostro”, pues por la frontera de la exclusión sentimos un rechazo espontáneo. Estar entre estas personas nos invisibiliza, trabajar con ellas supone experimentar el fracaso, comprometer allí nuestro futuro conlleva aceptar el poco fruto, en el largo plazo implica irrelevancia. Humanamente se trata de descenso. Son **fronteras de descenso, a las que habitualmente llamamos periferias**. Allí están los más.

Podríamos denominar a estas fronteras, **fronteras de tierra**, pues en sequía están llenas de polvo y de barro en tiempo de lluvias. Uno se mancha de tierra, no hay manera de quitarla. Pero son tierra de Dios porque en ellas Él habita y ha plantado su tienda. Allí permanece a gusto, disfrutando de sus hijos, acompañándolos, sirviéndolos y defendiéndolos.

Si recordamos la oblación de Ejercicios —“quiero y deseo... imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza...”, EE 98—, nuestro deseo natural ya cristianizado, es decir, enamorado de Cristo, a su estilo, debería conducirnos a las periferias. Cuando esto no sucede así, es que nuestro interior aún está por evangelizar, pero puede serlo. En realidad, para permanecer en ellas necesitamos una conversión, un cambio del corazón, o como diría el maestro Chércoles, un cambio en la sensibilidad, adquirir la sensibilidad de Jesús. Si no, siempre encontramos razones para huir de ellas.

De hecho, **Dios en la Encarnación ha hecho una opción por las fronteras de descenso, es decir, por las periferias**. El icono evangélico que más acabadamente lo representa es Belén. Jesús el niño nace en el confín del imperio romano, fuera de su tierra de Galilea, lejos de las casas y del abrigo, en una cueva para animales. Poco tiene: una familia que lo quiere, joven e inexperta, y unos pañales que envuelven su desnudez precaria. Un buey y una mula, tranquilos a su lado, proporcionan calor en el relente de la noche. Solo lo visitarán algunos pastores, también ellos en la fría intemperie, marginales. Asimismo llegarán unos magos de oriente tras auscultar con fe los signos de los tiempos en el firmamento.

El mensaje de la Encarnación apunta a realidades difíciles de creer, pero que el Evangelio predica de un modo consistente:

- la salvación procede de las periferias;
- ellas son el lugar privilegiado de encuentro con el Señor;
- el mundo tiene futuro, pues Jesús, el marginal, tiene futuro y los últimos con él;
- podemos esperar porque los marginados son la clave de nuestro destino —lo que suceda con ellos determina el estado de la humanidad— y con ellos el Señor ha sellado una alianza irrompible;
- la pobreza es fuente de riqueza;
- el aparente deshonor de los últimos, acompañados por Dios, hace creíble que la dignidad humana es insustraible / inalienable;
- la pequeñez es el reflejo manso y amistoso de la grandeza de Dios.

Estamos llamados a **echar raíces** en estas fronteras de tierra. Los primeros compañeros jesuitas lo hicieron. Estar entre los marginados, los excluidos, los migrantes y refugiados, los

menores en riesgo, los pueblos empobrecidos del Sur... situando nuestras comunidades entre ellos —insertos y practicando la hospitalidad— y poniendo nuestras instituciones a su servicio. Estas fronteras están ahí para ser atravesadas, y como el Señor, plantar allí nuestra tienda.

Otras fronteras deslumbran, porque cuando las atravesamos y nos ubicamos al otro lado, elevan nuestra honorabilidad y buen nombre. Al traspasarlas y dejar nuestros ámbitos de pertenencia primaria, nos damos cuenta de que nos tratan mejor, nos regalan el oído y nos sientan en los primeros puestos. Humanamente suponen ascenso. Son **fronteras de ascenso**, escalera que eleva. Son acceso al centro y a la cúspide. Necesariamente, allí están los menos, hacia los que todos miran, por eso parecen ocupar todo el espacio. Atraen y tientan. Los esfuerzos de los seres humanos por cruzarlas y escalar socialmente son enormes. Las podemos llamar **fronteras de alfombra roja**.

Desde tiempos de la primera Compañía, los jesuitas las hemos frecuentado. San Ignacio lo tuvo claro desde sus inicios y, en contra del parecer de otros compañeros, quiso que algunos jesuitas pudieran estar cerca de la Corte, entre los influyentes y poderosos de su tiempo. Son fronteras de ida y vuelta, en las que **crear puentes**. Para llevar noticia de los últimos, para despertar de la complacencia y decir una palabra que cuestiona —a veces con delicadeza, otras con protesta—, para contribuir a transformar la realidad. A veces, incluso, poniendo en riesgo la propia vida.

La Iglesia ha vivido de maneras muy diferentes en relación a estas dos fronteras clásicas:

- Nació de la cruz elevada fuera de las murallas de Jerusalén, en las fronteras del Imperio romano, en el exilio de la sinagoga. Su liturgia fraguó en lo escondido de las casas, la *domus ecclesiae*. Al parecer, se transmitió por todo lo ancho del imperio especialmente entre mujeres, ellas jugaron un papel especial. Llamaban a los pobres, “vicarios de Cristo”. Muchos cristianos eran pobres. La primera comunidad cristiana, por centurias, fue marginal y periférica.
- Más tarde se alió con el poder escalando por las fronteras de ascenso durante siglos, desde Constantino. Se alzó hasta lo más alto, teniendo que luchar siempre por mantener su independencia frente al brazo civil. Allí trató de ser influyente por medio de las verdades de la fe y el dictado de normas morales que siempre buscó que estuvieran refrendadas por la ley.
- Solo en los últimos tiempos ha redescubierto la necesidad de una Iglesia de los pobres (GS) y la opción preferencial por los pobres (acuñada en Medellín y Puebla, propagada por la Teología de la Liberación). Los pobres dejaron de ser mero “objeto de caridad” — como habían sido hasta entonces—, para convertirse en lugar privilegiado de encuentro con Dios, el ámbito en que Dios habita preferentemente y en el que actúa compasiva y creativamente.

También la Compañía ha hecho parte de este recorrido en el interior de la Madre Iglesia, con sus propios matices. La Compañía naciente vivía y servía entre hospitales, motivo por el que se sentía incapaz de rezar en coro. A su vez, trabajaba en casas de honorables y despachos para involucrar a las autoridades en la construcción del Reino. 1975 marcó un hito en nuestra historia. Supuso una opción por las periferias en el deseo de mejor “alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor” (PyF). Las Congregaciones han identificado desde entonces las periferias como lugar privilegiado para el encuentro con el Señor.

Unos años más tarde podía decir que “Nuestro servicio, especialmente el de los pobres, ha hecho más honda nuestra vida de fe, tanto individual como corporativamente: nuestra fe se ha hecho más pascual, más compasiva, más tierna, más evangélica en su sencillez”, (CG 34, d. 2, n. 1). Y también: “...nos hemos sentido impactados por su fe, renovados por su esperanza, transformados por su amor. Como servidores de la misión de Cristo, nos hemos sentido enormemente enriquecidos al abrir nuestros corazones y nuestras mismas vidas a

"los gozos y esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los pobres y afligidos" (CG 34, d. 3, n. 1).

Fronteras de la plaza pública y fronteras de vida

Las fronteras que hemos mencionado hasta ahora, las de tierra y las de alfombra roja, siempre han estado con nosotros y lo seguirán estando. Se sitúan en una línea vertical y los seres humanos llevamos dentro la jerarquía: quién está por debajo y quién está por arriba, quién es el otro superior a mí y quién el otro inferior a mí. Lo sabemos de inmediato. Un sexto sentido nos lo revela.

En un plano horizontal se sitúan otras fronteras, que podemos llamar **fronteras de la plaza pública**, son fronteras de diálogo, del ágora.

Desde la Ilustración, en Europa, una corriente racionalista fue expurgando del lenguaje común compartido a Dios como referente. Comenzó subrayándose al "Dios de los filósofos", a costa del Dios cristiano, para después irse marginando la misma idea de Dios. Dios, y el Dios cristiano, fue desapareciendo, comenzando por las élites ilustradas y las clases más formadas. Lo combatieron, bajo la forma de racionalismo y más tarde de ateísmo. Para los creyentes, Dios fue quedando confinado al ámbito privado o detrás de los muros eclesiales de la liturgia.

Más tarde, esta actitud se popularizó entre la clase obrera, a cuyas necesidades la Iglesia no supo responder satisfactoriamente, ni a tiempo. La idea de Dios entre la población obrera se fue desvaneciendo, mientras se extendía entre ella la indiferencia religiosa. Dios cayó en la irrelevancia. Se popularizó un agnosticismo indiferente.

Dios se ha convertido hoy en el Indecible. Indecible, porque como bien sabían los judíos, decir su nombre es un modo de cosificarlo y manipularlo. Él es el que es, el que se manifiesta, solo las cosas tienen nombre. Es misterio que alabar, servir y adorar.

Pero Indecible también porque nuestro lenguaje ha quedado expurgado de la idea de Dios. En el lenguaje común ha quedado restringido al poco lustroso campo de las interjecciones, que tenemos que escuchar convencidos de que en ellas la palabra Dios, denostada una y otra vez, en realidad no tiene ningún referente.

La tarea en las fronteras de la plaza pública consiste en Testimoniar al Indecible. Pocas veces con discursos, casi siempre con el testimonio vital, personal y corporativo. Vidas que dejan preguntas, que rompen con el círculo de la violencia, que perdonan, que renuncian a la aspiración a tener, que defienden la dignidad humana, que transmiten esperanza, que acogen, confían, abren caminos. Posiblemente, en la frontera de la plaza pública el único lenguaje admitido y comprensible hoy es el de la práctica generosa de la solidaridad. Vidas que dejan traslucir la presencia de Dios y su compasión hacia los últimos. Que conducen a preguntarse por el sentido de la vida, de nuestra presencia aquí, por el valor de los desestimados, por la dignidad humana.

Hemos cobrado conciencia de una última frontera en estas últimas décadas, se trata de la **frontera de la vida**. El ser humano ha venido transformando el entorno natural desde su nacimiento hace entre 150 y 200.000 años. Con el paso del tiempo, se convirtió en el máximo depredador y desplazó a todo posible competidor de la cúspide de la cadena alimenticia. Aceleró la transformación de la naturaleza a partir del Neolítico, al roturar la tierra para plantar y cosechar. Con ello aumentó su población y ya no pudo volver atrás a su condición de cazador-recolector. Llegó a un equilibrio con la naturaleza, protegiéndola en un nuevo estado agrario, de tal modo que muchas poblaciones campesinas han sido las defensoras de la sostenibilidad del medio ambiente. En sus luchas por defender su entorno natural se acuñó el primer ecologismo, el llamado "ecologismo de los pobres".

La revolución industrial, apoyada sobre los conocimientos científicos y el uso de la tecnología, descubrió en la naturaleza un filón de enriquecimiento. Lo creyó sin fin. Ha venido explotando sin medida todos los recursos naturales posibles, con la arrogancia del saber científico, sin ser consciente de su ignorancia de los equilibrios naturales rotos. Hemos puesto en marcha un modo de vida derrochador e insostenible, hemos despertado un Leviatán que ha salido de su guarida y no volverá a ella. Este modo de vida tiene fecha de caducidad debido a los límites de la propia Tierra, pero carecemos de los mecanismos tecnológicos y mucho más de los políticos para detener las dinámicas depredadoras de la sociedad de consumo. Esto da miedo.

Esta es una frontera donde agradecer el don de la creación; donde establecer nuevas relaciones con los seres vivos, nuestros hermanos; donde mitigar daños y adaptarse a nuevos escenarios; donde transformar nuestros estilos de vida, de producción y consumo; donde cuidar de los pobres, los más afectados; y donde pensar en el planeta que dejaremos a las generaciones futuras.

La amistad: una actitud común para vivir en las fronteras

Un último apunte. En las fronteras se necesita cultivar una actitud común y básica: la amistad, si bien con matices diversos.

- En las fronteras de tierra, esto es, en las periferias, amistad como encuentro que nos permita atravesarlas y alterar nuestras pertenencias. En estas fronteras se produce renovación espiritual, experiencia humana fecunda, compasión, lectura de fe, esperanza. Si no las atravesamos, nuestra misión se ahoga. Son fuente de vida.
- En las fronteras de alfombra roja, esto es, de ascenso, se tratará de construir puentes que permitan el diálogo, la influencia, la contribución al pensamiento, el servicio a la verdad: para defender a los últimos. Si no estamos así en ellas, hemos renunciado a la universalidad, que fue siempre aspiración de Ignacio, y al impacto; nos habremos conformado con vivir sin *magis*.
- En las fronteras de la plaza pública, la amistad conducirá a crear espacios de encuentro mutuo entre los diversos, más necesario que nunca en esta sociedad dividida, que facilita el damero impermeable de ideologías, pertenencias nacionales, étnicas, de clase, de religión. A construir una sociedad en la que todos quepamos y nadie quede marginado. A dejar preguntas que conduzcan al misterio.
- En la frontera de la vida, la cuestión será cómo generar lazos de amistad con las criaturas, para amarlas, agradecerlas y cuidarlas, para alabar a Dios. Para proteger a los pobres, para defender las generaciones futuras.

Decía San Ignacio que

- la amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno (Carta de la Pobreza, 1547).

Parafraseándole, podemos decir también que:

- la amistad con los influyentes y poderosos nos ayuda a transformar la realidad y a defender a los excluidos y empobrecidos;
- la amistad con los que desconocen a Dios nos da la ocasión de poner el candil en el candelero, para que el Dios compasivo y cercano a los últimos, ilumine toda la casa humana;
- la amistad con las criaturas abre cauce al agradecimiento y la alabanza, al cuidado de la creación y nuevos estilos de vida.

Pues Dios mismo, Dios es presencia de amistad y ejercicio de amistad.